

Solidaridad con el Tercer Mundo.

Por LA COORDINADORA PRO 0,7% DE LEÓN

UN DÍA, EN LA ASAMBLEA GENERAL de las Naciones Unidas, los países llamados subdesarrollados, es decir, pobres, pidieron a los otros, es decir, ricos, el 1% de su Producto Interior Bruto (P.I.B.). No era gran cosa, pues a los ricos les quedaba el 99% para ellos. Pero los ricos, después de escandalizarse, pasaron a regatear y, después de muchas discusiones, llegaron a la conclusión de que darían a los pobres el 0,7% de su PIB. Por supuesto, España también prometió esta cantidad. Pero, al día de la fecha, sólo unos pocos países cumplen esta promesa (Dinamarca, Países Bajos, Noruega y pocos más). España, no.

Nunca el mundo ha sido tan pequeño como ahora. Hace siglos, los pueblos eran ajenos unos a otros y cada grupo humano desarrollaba sus medios de vida y su cultura sin necesidad de mantener contacto con quienes vivían sólo unos cientos de kilómetros más allá. Pero en el siglo XX, el comercio, los medios de comunicación y la técnica hacen que lo que sucede en el otro extremo del planeta se sepa aquí a las pocas horas y repercuta no sólo en las conciencias, sino también en nuestra vida material cotidiana.

Así hemos sabido que otros seres humanos pasan hambre y sufren (y mueren) de enfermedades que para nosotros tienen poca importancia (gripe, cólera o sarampión); que malviven en viviendas que aquí llamaríamos «chabolas», sin ventilación, sin agua, sin electricidad,...; que hacen falta ochenta niños etíopes para reunir un gasto semejante al de un solo niño norteamericano; que 300.000 seres humanos mueren a diario de inanición.

Lo que se llama «Primer Mundo», a través del movimiento comercial, extrae del «Tercer Mundo» materias primas a precios irrisorios —cada vez más bajos— y las procesa técnicamente, transformándolas en maquinaria, bienes de equipo, etc., que luego vende al Tercer Mundo a precios elevadísimos —cada vez más altos—. Por si fuera poco, atiza odios religiosos, étnicos y nacionales y provoca guerras para así vender a estos pueblos armas a buen precio.

El Tercer Mundo se empobrece cada vez más y el Primero engorda hasta poner en peligro su salud. Sin

embargo, sabemos bien que, en este mundo desarrollado, sólo *se desarrollan* unos cuantos y, a la mayoría, no le llegan más que algunas migajas de prosperidad; todas las grandes ciudades de Europa y América del Norte albergan en sí o en sus alrededores bolsas de pobreza, barrios de chabolas y miles de marginados. Ocho millones de españoles (uno de cada cinco) viven en la pobreza; hay un millón de familias en las que todos sus miembros están parados. Basta, pues, mirar en torno para comprobar que este mundo no es justo.

La conciencia de esta situación hizo que mucha gente nos uniésemos para formar las **Coordinadoras pro 0,7%**. Y un día decidimos sacar esta reclamación a la calle, para que todos los españoles recordasen que el estado incumple aquella lejana y olvidada promesa.

En Madrid, varias personas se pusieron en huelga de hambre; otras las secundaron. Después alguien acampó en la Castellana, frente al Ministerio de Hacienda,... Pocos días después, surgían cientos de tiendas y miles de personas dormían bajo sus lonas.

En León, el día 2 de noviembre, varios miembros de la



Acampada de la Coordinadora pro 0,7%. Catedral de León (Foto M.Peña)

Coordinadora decidieron apoyar la protesta. Una semana después, había veintitrés tiendas y eran casi cuarenta las personas que dormían a diario junto a la catedral. Veintitrés), que hasta el momento forman la Coordinadora, **organizaciones no gubernamentales (ONGs)** y personas a título personal los secundaban.

El gobierno se ha comprometido a dar al Tercer Mundo el 0,5% de los presupuestos del '95 (algo menos de lo que se pedía) y a hacerlo con transparencia y para proyectos de ayuda concretos y viables. En consecuencia, se han levantado las tiendas —en León, el 20 de noviembre—. Pero la actividad de las Coordinadoras pro 0,7% continúa, porque queda casi todo por hacer; la petición de esa cantidad

(más o menos lo que *nos* costó el AVE Madrid-Sevilla) no es más que un «banderín de enganche» para llamar la atención sobre un problema gravísimo que, en este momento, tiene planteado la «aldea global»: hemos de ayudar a nuestros semejantes, de dentro y de fuera de España, no sólo con nuestros dineros, comunes y particulares, sino también con nuestra actitud y nuestra conciencia solidaria. Si no, el mundo se hará cada vez más semejante a un infierno y no sólo para los seres humanos del Tercer Mundo, sino igualmente para nosotros, porque la libertad, la felicidad y el bienestar de cada uno están íntima e indisolublemente ligados a los de los demás.

¿Hispanol o Castellano?

Por MARCOS MALUMBRES
DR. EN BIOLOGÍA

HAY HECHOS tan conocidos y asumidos que nadie los entiende o asume hasta que los experimenta. (Y uno de ellos es la frase anterior, que todo el mundo conoce y afirma y poca gente sabe de verdad lo que supone).

Uno de los hechos más consabidos, y por tanto menos sabidos, es el de que todos —por estos lares— hablamos el mismo idioma. Sí, riase, riase la gente, pero todo el que ha tenido que vivir en una región donde se habla otro idioma conoce de lo que estamos hablando. Y no es lo mismo cuando se está en una situación similar a estar de vacaciones o de viaje de negocios. Entonces se sabe que el problema es pasajero, que durará poco. Sin embargo, cuando uno tiene que luchar en la vida diaria, en un nuevo territorio y bajo otro idioma, es imposible no volver la vista atrás y maravillarse de la capacidad humana de comunicarse mediante un sistema de signos. Unos cuantos símbolos nos permiten entender, emocionarnos, llorar, reír, compartir e incluso pensar y actuar en consecuencia. Claro que, si uno no entiende esos signos, la situación, por extraña, es difícil de explicar.

Y uno se maravilla de lo bien que habla inglés y entiende y se hace entender un niño de pocos años, de cómo es posible que una serie de caracteres ordenados de una manera desconocida, dispuestos en una línea más o menos recta, significan algo; y no sólo lo significan, sino que todo el mundo lo entiende y actúa en función de ellos. Así, por ejemplo, unas letras ordenadas de la siguiente manera: «*Going out of business. Fifty per cent off*» («Rebajas del 50% por liquidación del negocio») provocan movimientos de grandes masas de gente que deja sus habituales ocupaciones para coincidir en los mismos almacenes, aunque no quepa más gente y aunque esta gente se pegue por comprar las cosas más estúpidas del mundo y que menos falta le hacen. (También en Nueva York, estos carteles provocan que la policía ponga multas a los locales

que llevan mostrando estos carteles durante varios años, para atraer clientes). Sí, ya sé que todos lo sabemos (más bien lo *consabemos*), pero resulta atractivo volver a pensar de vez en cuando en esa maravillosa propiedad y habilidad que ha adquirido el hombre para comunicarse. Es curioso lo que entendemos a través de unos garabatos, o de unos sonidos, aunque sean rápidos, a veces casi imperceptibles, aunque tengan acentos raros, aunque suenen a catalán, gallego, andaluz o de la ribera navarra y uno no haya residido en esas zonas o aunque la forma en la que se transmitan los mensajes se salte las normas de la Academia a la ligera.

Por eso, al situarse en un idioma desconocido, se vuelven a recorrer los laberintos que fueron explorados durante los lentos años de la infancia, poco a poco, inconscientemente, con la ayuda de los familiares, de Epi y Blas y de la rana Gustavo. (En Nueva York también estos personajes continúan con las suyas, pero nos han traicionado con un lenguaje desconocido, aunque nos intenten explicar las mismas cosas («*This is an apple, these are two apples... Blas, I can't sleep...*»). A una edad más avanzada el camino es más pedregoso. No existe una mamá que repite las palabras «ajo» y «papá» varias veces al día (que provocan esa adicción al ajo y que son la verdadera causa de ese respeto-miedo al cabeza de familia que alguien denominó complejo de Edipo). De mayor y en otro idioma, uno se encuentra —sin mamá y sin papá— directamente con el manuscrito legal de 17 páginas con las condiciones del contrato del piso en inglés, con el folleto que explica en 138 páginas las condiciones esenciales del visado que permiten tu estancia en el país y que en caso de no cumplir provocarían el arresto y la salida forzosa del mismo, las 32 páginas de condiciones económicas de un contrato bancario y las obligaciones impositivas relacionadas con los servicios y la seguridad social (no he contado las páginas), etc. Y encima el ajo, aunque sabe *casi* igual, se llama *garlic*.

En una calle de cualquier ciudad de USA... es muy fácil encontrarse con letreros y carteles en español

Por eso supone una alegría inmensa encontrar frases escritas o habladas que se reconocen fácilmente, a la primera y sin pensar; se reconocen las expresiones de exclamación, de alegría, de cansancio, de lo que sea, al momento. Pacere entonces que uno conoce al que habla de toda la vida, que es *suyo* o *de los suyos*.

En una calle de cualquier gran ciudad de USA esto ocurre con bastante frecuencia debido al gran porcentaje de hispanos. Es muy fácil encontrarse con letreros y carteles en español y escuchar palabras españolas pronunciadas hasta por los mismos anglófonos (No problema!) hasta el punto de que casi no es necesario el cartel de aviso de «se habla español» (o «se *parla* español») como aparece el algún sitio).

Contrasta esta situación con la que existe en cualquier país europeo, salvo España y Portugal, donde nadie sabe español, ni lo habla, excepto algún veraneante de playa que repite alegremente «mucho sol... playa... adiós... chicas».

En USA, cualquier compañía pública de cierto renombre ofrece sus servicios, propagandas, facturas, información telefónica, etc. en español, con sólo solicitarlo y, a veces, aun sin ello.

Claro que lo que aquí llaman español —y en España discuten si castellano o no— difiere un poco de lo que estamos acostumbrados a oír. Y no sólo por la diferencia de pronunciación (es fácil reconocer a un español de los de verdad, de España, por su forma de pronunciar la «e») y por lanzar *tacos* en cualquier momento, como en España), sino por las palabras y giros que difieren de los utilizados aquí. Si se mezcla la diferente pronunciación, con las palabras propias latinoamericanas y las palabras inglesas o derivaciones, el panorama empieza a ponerse de nuevo algo oscuro.

El hablar diario de este *hispanol* está invadido por sus orígenes genéticos mayoritariamente latinoamericanos y modificado por la presión ambiental anglófona. En Nueva York, todos los hispanos manejan sus carros por las grandes avenidas, se compran los equipos de sonido con *video* (palabra llana), *cidi* (CD) y *casetera* incluida y, por supuesto, con *remoto*, como las *tivis* (TV). Los pagos se realizan con *papeles* sacados de la *chequera*. Claro que el *manejo* se hace más difícil cuando hay *feriada* y el *tránsito* está lento. Menos mal que en el *noticioso* de la *tivi* avisan de cómo está el *tránsito*. Y es que tanta modernidad... en los *sesentas* no pasaba esto.

Eso sí, todo el mundo pone su *granito de sal* para resolver la pobreza y los problemas de la ciudad, desde los más *grandotones* hasta los *bebidos* y las *bebitas*. Los apartamentos, casi siempre, se alquilan sin amueblar y, por tanto, hay que proveerse de la *mueblería* adecuada, de la cama y de las *piyamas* para dormir. Un problema es que el suelo de los pisos suele estar cubierto con *carpetas* (alfombra o moqueta) y hay que pasarse el día pasando el *vacio* (aspiradora) a la *carpeta*. Cuando todo está limpio, hay que comprar día a día los alimentos que uno va a preparar con la mayor *sabrosura* posible, cocinarlos en la *estufa* (cocina) de la casa y comérselos a *mordidas*, aunque si uno no quiere salir de casa, también se puede *ordenar* por teléfono.

Fumar es cada vez más difícil en USA y los lugares cerrados, públicos o privados, se llenan de letreros que

avisan: «*favor de no fumar*». También el beber alcohol resulta difícil si se conserva todavía la cara joven, pues es fácil que exijan el *aidi* (ID, identificación) para servir el alcohol. Después de un rato en el bar, para finalizar, hay que echar la *caminera*, la última antes de marcharse y con mucho cuidado si se va en coche, pues es sabido que el alcohol es peligroso si se va a *manejar*.

Resulta curioso, no obstante, comprobar que en el «hispanol» se traducen del inglés términos con los que en España aún no se han atrevido a enfrentarse. Así, todos los nuevos coches en USA llevan bolsas de aire (y no *air bags*) para adaptarse a la normativa del 98.

Como es lógico, los avances de la técnica son muy responsables de que el español (y el «hispanol») se nutra de derivaciones inglesas. Uno de los casos más evidentes es el de la informática, campo técnico ya masificado en poco tiempo. Las *computadoras* se venden a precios cada vez más

bajos y en muchos casos la oferta incluye una *printer* y, a veces, el *cidi*. Pero, al igual, que pasa con los *air bags* españoles, los abusos más preocupantes del inglés en las nuevas tecnologías se escuchan en España o en los españoles de USA. Así, no sólo hay que comprarse un montón de *diskettes* y si es posible el CDROM, sino que es conveniente estar contacto por *e-mail* y cuando uno tiene un documento escrito, hay que *printearlo* y obtener un buen *printeado* o un buen *printer* que es el colmo de la escasez de imaginación. Asimismo, el ordenador hay que *resetearlo* cuando se cuelga y hacer un *copy* de las *files* más importantes para que no se pierdan, o bien hacer un *scanning* (o un *scan* o un *scáner*,

que de todo se oye) para ver que le pasa al ordenador... y un etc. inacabable. Un ejemplo ilustrativo del colmo de las no-traducciones de los españoles en América es el verbo *highlightear* (pronunciado algo así como *jailatear*), que significa resaltar o marcar un bloque de letras, palabras, etc. El lector puede entretenerse conjugando este nuevo verbo.

Y se puede imaginar qué pasa en otras nuevas tecnologías o en cualquier campo tan específico como para que ninguno de los sillones o letras de la Academia haya tenido tiempo ni espacio para preocuparse. Y es que, aunque la edición original del diccionario de la RAE de 1992 haya llegado a USA, no lo ha hecho la versión barata de 1994, y un hispano no puede pagar las más de 20.000 pts que en Nueva York cuesta este diccionario.

